

22 de mayo de 2022
6° Domingo de Pascua Ciclo C



LECTURAS

Hechos 15, 1-2.22-29: En aquellos días, vinieron de Judea a Antioquía algunos discípulos y se pusieron a enseñar a los hermanos que, si no se circuncidaban conforme a la ley de Moisés, no podrían salvarse. Esto provocó un altercado y una violenta discusión con Pablo y Bernabé; al fin se decidió que Pablo, Bernabé y algunos más fueran a Jerusalén para tratar el asunto con los apóstoles y los presbíteros. Los apóstoles y los presbíteros, de acuerdo con toda la comunidad cristiana, juzgaron oportuno elegir a algunos de entre ellos y enviarlos a Antioquía con Pablo y Bernabé. Los elegidos fueron Judas (llamado Barsabás) y Silas, varones prominentes en la comunidad. A ellos les entregaron una carta que decía: Nosotros, los apóstoles y los presbíteros, hermanos suyos, saludamos a los hermanos de Antioquía, Siria y Cilicia, convertidos del paganismo. Enterados de que algunos de entre nosotros, sin mandato nuestro, los han alarmado e inquietado a ustedes con sus palabras, hemos decidido de común acuerdo elegir a dos varones y enviárselos, en compañía de nuestros amados hermanos Bernabé y Pablo, que han consagrado su vida a la causa de nuestro Señor Jesucristo. Les enviamos, pues, a Judas y a Silas, quienes les transmitirán, de viva voz, lo siguiente: 'El Espíritu Santo y nosotros hemos decidido no imponerles más cargas que las estrictamente necesarias. A saber: que se abstengan de la fornicación y de comer lo inmolado a los ídolos, la sangre y los animales estrangulados. Si se apartan de esas cosas, harán bien'. Los saludamos".

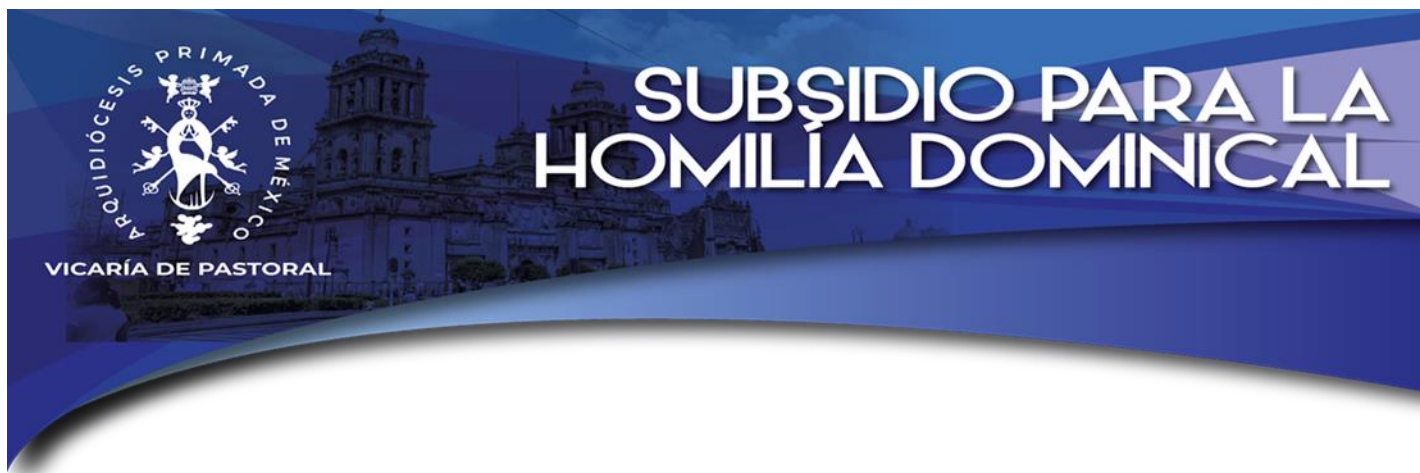


Sal 66: Ten piedad de nosotros y bendícenos; vuelve, Señor, tus ojos a nosotros. Que conozca la tierra tu bondad y los pueblos tu obra salvadora. Las naciones con júbilo te canten, porque juzgas al mundo con justicia; con equidad tú juzgas a los pueblos y riges en la tierra a las naciones. Que te alaben, Señor, todos los pueblos, que los pueblos te aclamen todos juntos. Que nos bendiga Dios y que le rinda honor el mundo entero.

Apocalipsis 21, 10-14.22-23: Un ángel me transportó en espíritu a una montaña elevada, y me mostró a Jerusalén, la ciudad santa, que descendía del cielo, resplandeciente con la gloria de Dios. Su fulgor era semejante al de una piedra preciosa, como el de un diamante cristalino. Tenía una muralla ancha y elevada, con doce puertas monumentales, y sobre ellas, doce ángeles y doce nombres escritos, los nombres de las doce tribus de Israel. Tres de estas puertas daban al oriente, tres al norte, tres al sur y tres al poniente. La muralla descansaba sobre doce cimientos, en los que estaban escritos los doce nombres de los apóstoles del Cordero. No vi ningún templo en la ciudad, porque el Señor Dios todopoderoso y el Cordero son el templo. No necesita la luz del sol o de la luna, porque la gloria de Dios la ilumina y el Cordero es su lumbrera. Oí una gran voz, que venía del cielo, que decía: "Ésta es la morada de Dios con los hombres; vivirá con ellos como su Dios y ellos serán su pueblo. Dios les enjugará todas sus lágrimas y ya no habrá muerte ni duelo, ni penas ni llantos, porque ya todo lo antiguo terminó". Entonces el que estaba sentado en el trono, dijo: "Ahora yo voy a hacer nuevas todas las cosas".

Juan 14, 23-29: En aquel tiempo, Jesús dijo a sus discípulos: "El que me ama, cumplirá mi palabra y mi Padre lo amará y vendremos a él y haremos en él nuestra morada. El que no me ama no cumplirá mis palabras. Y la palabra que están oyendo no es mía, sino del Padre, que me envió. Les he hablado de esto ahora que estoy con ustedes; pero el Paráclito, el Espíritu Santo que mi Padre les enviará en mi nombre, les enseñará todas las cosas y les recordará todo cuanto yo les he dicho. La paz les dejo, mi paz les doy. No se la doy como la da el mundo. No pierdan la paz ni se acobarden. Me han oído decir: 'Me voy, pero volveré a su lado'. Si me amaran, se alegrarían de que me vaya al Padre, porque el Padre es más que yo. Se lo he dicho ahora, antes de que suceda, para que cuando suceda, crean"





LÍNEAS TEOLÓGICAS FUNDAMENTALES

DE LA LEY DE MOISÉS A LA INHABITACIÓN DE DIOS

El problema que está a la base del conflicto que nos relata el Libro de los Hechos de los Apóstoles (¿Es la circuncisión del pacto antiguo necesaria para la salvación?) no es un problema que se reduzca al pasado, por el contrario, tiene muchísimo que ver con el pueblo de Dios del siglo XXI y no ha sido superado en el cristianismo contemporáneo a decir por la forma concreta en que se vive la fe por parte de gran cantidad de cristianos de todas las denominaciones.

Trataremos de analizar brevemente esta problemática para después abocarnos a interiorizar el horizonte de superación que nos plantea la Palabra de Dios. El dilema en la elección entre acceder a la circuncisión o no era mucho más complejo de lo que a simple vista pudiera parecer: El doloroso rito revestía un carácter religioso que simbolizaba y significaba la pertenencia al pueblo elegido, digamos que era el acto de carácter ritual que permitía al varón pertenecer con pleno derecho al estatuto de judío y poder participar de todos los derechos y prerrogativas del varón israelita, pero también era entrada a la dinámica salvífica que Yahvé ejercía por medio de su pueblo.

Por lo tanto, no circuncidarse era impensable si se quería participar del influjo salvífico y del cumplimiento de las promesas que aguardaban al pueblo de la alianza. En la cristiandad primitiva muy pronto se presentó la disyuntiva entre un cristianismo localizado geográficamente fuera del territorio israelita e ideológicamente desvinculado del judaísmo y un cristianismo profundamente enraizado en la espiritualidad israelita y localizado en este territorio.



En el fondo era el conflicto entre la ley mosaica que acentuaba el quehacer del hombre traducido en el cumplimiento de la ley (con el fin de alcanzar la misericordia divina y las promesas del reino) y la ley del Espíritu donado gratuitamente y bajo cuyo influjo entran todos los hombres que se adhieran a Jesús.

¿Es salvífico el cumplimiento de la ley o lo que salva es la fe? Tal conflicto tiene algo de artificioso y se da a nivel de una postura errónea de ambas partes: Si cumplir la ley se hace para "ganarse" la benevolencia divina, entonces, evidentemente se cae en la manipulación de lo divino y en el ámbito de las religiones naturales. Pero, al mismo tiempo, si la fe se entiende como la aceptación irracional y acrítica de unas supuestas verdades religiosas sin compromiso con la historia y reducida a la intimidad del sujeto, entonces también es evidente que estamos en el ámbito del fideísmo alienante.

Aunque el texto de los **Hechos** nos reporta la resolución del conflicto con la imposición solo de algunas prescripciones legales (abstenerse de la fornicación y de comer lo inmolado a los ídolos, la sangre y los animales estrangulados), sabemos, por la carta a los Gálatas (Gal 2,1-10) (que es más fiable en cuanto a datos históricos referentes al resultado de la reunión conciliar en Jerusalén en el año 49, en donde se trató este espinoso tema) que, en realidad, no se impuso ninguna carga legal a los cristianos convertidos del paganismo y se les dejó en total libertad reconociendo las obras portentosas del Espíritu en estas comunidades.

Obviamente que no se trataba de vivir anárquicamente sin un código ético y moral, de lo que se trata es de dejar bien claro que la ley por sí misma no salva a nadie, que la salvación es ofrecida gratuitamente y que la ley se cumple como una consecuencia de la apertura a la Gracia transformante. La Gracia precede al cumplimiento de la ley pues lo contrario es esclavitud e infantilismo espiritual. Desde luego que, ante tal propuesta, se abre un abismo de incertidumbre ante el hombre, tan acostumbrado a la seguridad (aunque sin duda una seguridad artificiosa) con que el cumplimiento de la ley le arropa.

Sin duda es mucho más fácil ser religioso cumplidor de normas que abrazar el fatigoso y aparentemente incierto camino de la libertad, pues esta exige madurez, valentía, arrojo para arriesgarse a internarse por los vericuetos de la toma de decisiones que no siempre parecen tan evidentes y cuyo único criterio de verdad es la gloria de Dios y la luz que resplandece en el Cordero. Esto significa, finalmente, que solo en aquel que se ha entregado a sí mismo hasta el extremo de la ignominia de la cruz puede encontrarse la inteligencia para discernir lo real, la verdad y por lo tanto la vida definitiva, la única que vale la pena ser vivida.

Solo la Gracia que supera la ley antigua en la cual se encontraba prisionero el hombre puede abrir la boca del creyente para entonar un canto de alabanza y reconocimiento de la bendición y bondad de Dios para con el mundo entero, canto que ahora es asumido



por todas las naciones (el mundo pagano) que se descubre juzgado con justicia, bañado con una acción prodigiosa y sobrehumana que le proporciona todos los elementos para alcanzar la plenitud anhelada (**Salmo**).

La visión del **Apocalipsis** es una extraordinaria presentación eclesiológica que revela la más profunda identidad de la comunidad cristiana. La Iglesia no puede quedarse en la contemplación estática de su pertenencia a Dios, es cierto que dicha contemplación es necesaria para enriquecer el corazón y concientizarse de su realidad divina y por lo tanto de su autoridad como reveladora del único camino que puede llevar a la humanidad entera hacia la consumación de su historia, pero esta experiencia mística (que le hace ser portadora de la resplandeciente gloria de Dios), por la misma dinámica creadora del "objeto" que contempla (Dios mismo), le impele a "bajar", a inmiscuirse en el mundo del hombre (la tierra), en otras palabras, a transformar ese mundo.

Su autoridad divina se traduce en servicio al mundo (su "fulgor") Esta Jerusalén es celestial entonces porque sacramentalmente representa en la tierra el nuevo modo de relacionarse con Dios, en ella resplandece la gloria del Señor, que es la salvación del hombre. Esta comunidad constituida por Dios (celestial) y enviada al mundo (desciende a la tierra) está protegida y fundamentada por el único y mismo Dios que se ha revelado en la historia de la salvación que comienza con Abrahán, en el antiguo Israel (simbolizado por las 12 tribus de Israel) y que alcanza su plenitud y concreción histórica en el Cristo testimoniado por la Iglesia (los 12 apóstoles del Cordero).

Las antiguas promesas hechas a la humanidad no son olvidadas por Dios, sino que son asumidas y llevadas a plenitud en la nueva economía de la salvación. Todos son invitados a entrar en esta nueva era de plenitud (las doce puertas orientadas hacia todos los puntos cardinales) caracterizada por la entrega de la vida que genera vida nueva, plena y definitiva en la que lo caduco (el cumplimiento legalista de la ley y el culto meramente religioso simbolizado por el "templo") no tiene más cabida pues Dios mismo es el templo de los habitantes de la nueva humanidad que se ve también iluminada por la luz que es el Cordero.

Jesús le dirá a la samaritana: *"Créeme mujer, que llega la hora en que, ni en este monte, ni en Jerusalén adoraréis al Padre. Vosotros adoráis lo que no conocéis; nosotros adoramos lo que conocemos, porque la salvación viene de los judíos. Pero llega la hora (ya estamos en ella) en que los adoradores verdaderos adorarán al Padre en espíritu y en verdad, porque así quiere el Padre que sean los que le adoren. Dios es espíritu y los que le adoran, deben adorar en espíritu y verdad"* (Jn 4,21-24) y en otra parte *"Jesús les habló otra vez diciendo: Yo soy la luz del mundo; el que me sigue no caminará en la oscuridad, sino que tendrá la luz de la vida"* (Jn 8,12).

Vale mucho la pena detenerse a analizar un poco más detenidamente estas imágenes del nuevo templo y la luz del Cordero. En la imaginería judía, el templo es el lugar donde



habita “la gloria de Yahvé” (un eufemismo propio de la sensibilidad judía que quiere indicar a Yahvé mismo en cuanto efectivamente actuante para salvar al hombre), es decir, que en ese espacio físico se da (mediante el culto que purifica) el encuentro entre el pecador y la potencia salvífica de Dios. Por lo tanto, se trata de un Dios vinculado indefectiblemente a un espacio y a una cierta acción cultica por parte de los sacerdotes israelitas. ¡Qué lejos han quedado aquellos tiempos del Dios nómada que marcaba el derrotero por donde había de caminar el pueblo siempre atento a los imprevisibles deseos de su Señor! ¡Con cuanta reticencia había aceptado Dios que David le construyera ese templo! ¡Bien sabía el Señor el peligro latente que se escondía en el sincero deseo del rey por edificarle una construcción humana a la que se considerara “su casa”, su habitáculo permanente! Y ese peligro no es otro que el de la diabólica pretensión de “echarle el guante” a Dios, de manipularlo para lograr sus propios y egoístas fines. En cuanto el hombre siente que Dios se detiene y lo tiene al alcance de la mano, el peligro deja la latencia y se convierte en acto idolátrico que atenaza el corazón. El templo se convierte así en cueva de ladrones que roban al pueblo la relación vital que Dios quiere establecer con él.

Por otro lado, la imagen de la luz nos remite a la inteligencia de la fe, inteligencia que puede penetrar hasta lo más profundo el sentido de lo real, hasta descubrir el hilo conductor con que Dios teje muy fino su historia salvífica para provecho de los que ama. Pues bien, Cristo es ahora esa luz, él es el único capaz de iluminar el corazón y la mente del hombre para que vaya más allá de lo aparente, hasta la esencia misma de la creación.

La vida que da Cristo, una vida entregada y comunicada, es luz que lleva al caminante hasta su meta definitiva. Los criterios de la cultura imperante (la luz del sol y de la luna) no pueden llevar a buen puerto al hombre. Es precisamente la vida de Jesús, con sus valores y opciones, con su enseñanza y sus signos de poder, ahora actualizados en su comunidad, que Cristo ilumina a todas las naciones. Sin embargo, Dios siempre se propone, nunca se impone a la libre voluntad humana, el amor mismo así lo exige y la comunidad de pequeños discípulos que él llama no es la excepción. Ellos también deben abrazar libremente el discipulado y por eso, en el **evangelio de Juan** se delinea el perfil del auténtico discípulo: Uno que ama a Jesús. El seguidor no es otra cosa que un enamorado del Cristo, y aquí más de uno estaremos pensando: ¿tan fácil? ¡Pues ya todo está dicho entonces! ¡Yo amo a Jesús!

Y no dudo en absoluto de la sinceridad de la expresión ni del sentimiento de los que así piensan, pero ¿qué significa amar a Cristo? ¿Será cuestión de un mero sentimiento por sincero que éste sea? Veamos que nos dice al respecto Jesús mismo: **“El que me ama, cumplirá mi palabra...el que no me ama no cumplirá mi palabra”**. Podríamos inferir, según las palabras del Maestro, que amarle significa cumplir su palabra, pero no se trata simplemente de imitar o repetir ciertas actitudes o expresiones del Jesús histórico y pensar que así estamos cumpliendo su palabra. Cumplir es llevar a plenitud



en nuestras vidas el espíritu de la nueva ley, la ley del Espíritu significa configurar místicamente nuestra vida a la suya, significa de tal modo compenetrarnos con sus opciones y principios que nuestra mente sea la suya, que nuestro corazón lata con el compás del suyo, que sus ojos sean los nuestros para ver al hermano como Dios lo ve, significa que nuestra vida solamente tenga una finalidad: hacer la voluntad del Padre.

El fruto es una realidad totalmente inédita y absolutamente impensable: ¡Dios morando en el interior de cada singular creyente y en el seno de la comunidad! ¡Una nueva humanidad henchida de divinidad! ¡Poseedora de una fuerza imparable, irresistiblemente transformadora e invencible que brota de su seno inundando el cosmos entero en un baño de Gracia salvífica!

¿Quién querría seguir bajo la esclavitud de la ley mosaica sabiendo que aquí y ahora es ya posible vivir en la libertad de la nueva humanidad? *"Se los he dicho ahora, antes de que suceda, para que cuando suceda, crean"*.

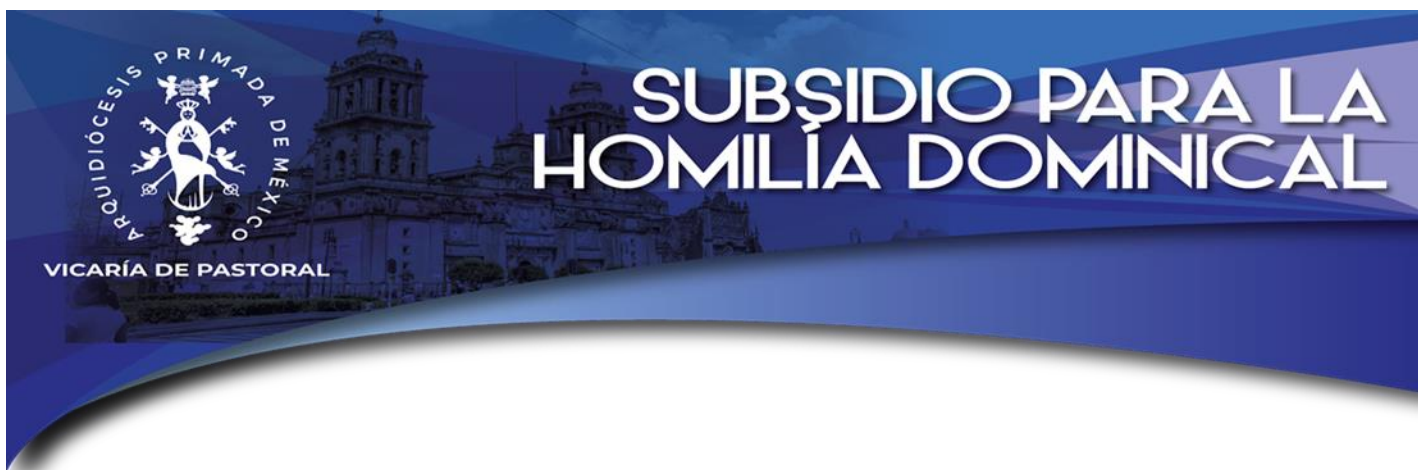




SUGERENCIAS PRÁCTICAS DE APLICACIÓN ESPIRITUAL

- El cumplimiento de leyes y prescripciones no garantiza la real comunión con Dios. Lo que más importa es amar a Dios y a nuestros semejantes. Las leyes y preceptos de Dios están allí para ayudarnos a amar más y mejor. ¿Tu forma de vivir los preceptos de Iglesia te ayuda a amar a tus semejantes, a parecerte más a Jesús?
- Dice el libro del Apocalipsis que, en la Ciudad de Dios, no se necesita la luz del sol ni de la luna, porque Dios alumbraba con su gloria la vida humana. ¿En qué momentos de tu vida Dios ha iluminado tu oscuridad? ¿Dejas tú que, realmente, sea él tu única luz? ¿Cuáles son los criterios en los que te basas para tomar decisiones importantes en tu vida?
- Dice Jesús que el que lo ama cumple sus mandamientos. Y bien sabemos que él resumió la ley y los profetas en un único mandamiento: ¡Amar a Dios y al prójimo! ¿Con qué acciones concretas mostrarás, esta misma semana, que amas a Jesús? Pon el nombre concreto de la persona en la que amarás a Jesús.





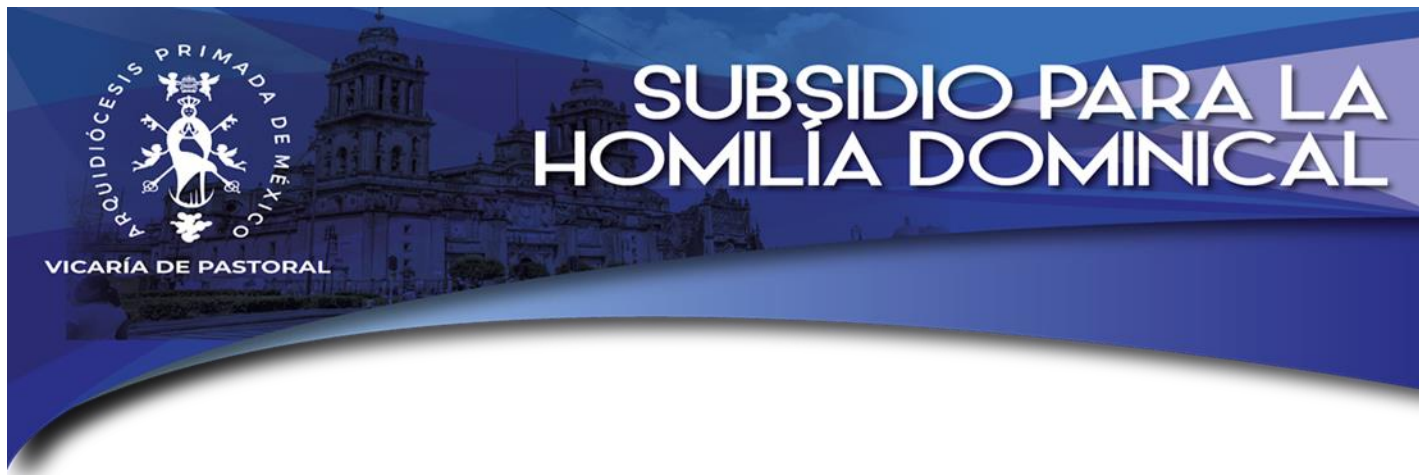
CANTOS QUE ILUSTRAN LA PALABRA



Te invitamos a orar y reflexionar con este bello canto:

<https://www.youtube.com/watch?v=3RSBEJxmwzs>





LA ENSEÑANZA DE LA IGLESIA



PAPA FRANCISCO HOMILÍA PAPA FRANCISCO 6° DOMINGO DE PASCUA 2013

<https://youtu.be/AFWsD1ra6XE>





ECOS DE LA PALABRA DESDE LA DIMENSIÓN DE PASTORAL JUVENIL VOCACIONAL

UNA CARTA DE DESPEDIDA...

Las palabras más entrañables que salen de una persona son las que puede decir en una despedida. Generalmente estas palabras se dicen para que, intencionalmente, nunca se olviden. Algunas veces contienen promesas y otras veces consejos. La liturgia ya nos está preparando para la gran solemnidad de la Ascensión, la gran despedida de Nuestro Señor Jesucristo. El Evangelio de hoy ya tiene este matiz. En esta carta podemos subrayar tres cosas:

- *El amor a Cristo.* El amor genera compromiso, un falso amor tiene miedo a comprometerse de por vida. Si alguien ama a Cristo es capaz de hacer lo que Él nos manda por medio de su Palabra, no porque Cristo quiera que estemos sometidos a una serie de normas que nos oprimen, sino porque sus palabras son garantía de felicidad.
- *La promesa del Espíritu Santo.* Cristo se va, pero no nos deja solos. Él nos acompaña con su Espíritu Santo, el Paráclito o abogado. A partir de bautismo y de una manera especial en la confirmación Él actúa en cada uno de nosotros para transformarnos y hacernos más santos.
- *La paz de Dios.* La verdadera paz viene de Dios. El equilibrio espiritual del que muchas personas hablan, especialmente las que prometen las religiones orientales, solo viene de Dios. Jesús es garantía de paz y, aun en medio de los problemas, nos promete la verdadera paz.

Esta carta de despedida vale la pena leerla más de dos veces y cuestionarnos ¿realmente estoy preparado para dejar que Jesús me conquiste con su Espíritu y me dé su paz?





ECOS DE LA PALABRA DESDE LA DIMENSIÓN DE CATEQUESIS INFANTIL

Jesús nos promete su Espíritu de amor

Seguimos en la gran celebración de la Pascua de Jesucristo. Los domingos anteriores hemos escuchado la Palabra de Dios llevándonos por un camino para encontrarnos con Jesús que ha resucitado y pronto volverá a su Padre. La Palabra del día de hoy, algunos le han llamado "la despedida de Jesús" de sus discípulos, pues pronto ascenderá a los cielos para volver a estar de nuevo junto a su Padre; en este gesto de despedida, Jesús les hace una promesa a sus apóstoles: que su Padre les enviará al Espíritu, que será quién les proteja, les cuide y les ayude a recordar todas las enseñanzas que Jesús les hizo cuando estuvo entre ellos.

Pero también les hace algunas observaciones, les dice que para poder identificarse como sus verdaderos seguidores, será necesario que cumplan su Palabra, que es Palabra del Padre. Así que una forma de estar unidos a Jesús es cumpliendo su Palabra. Nosotros que hemos recibido el bautismo somos parte de esa gran comunidad de católicos, seguidores de Cristo, y por lo tanto deberemos cumplir lo que él nos ha dicho, sobre todo cumplir el mandamiento del amor a Dios y el amor a los semejantes.

Así que vamos a hacer un ejercicio en casa y en la escuela, vamos a llevar a cabo el mandato del amor que nos ha dicho Jesús. Amar es respetar, apoyar, compartir, ser honestos y cuidar, a las personas. Estos principios los vamos a aplicar con nuestros padres, maestros, amigos, compañeros, hermanos, etc. Al final de la semana te invito a que hagas un balance de cómo los has llevado a cabo y qué es lo que más se te dificultado. Recuerda que Jesús siempre que iba a realizar algo importante se ponía a orar; así que siguiendo el ejemplo de Jesús, te pido que hagas oración para ponerte en medio del corazón de Jesús y le pidas que envíe sobre ti una efusión de su Espíritu para que te guía y acompañe en hacer el bien.





ECOS DE LA PALABRA DESDE LA DIMENSIÓN DE ADULTOS Y FAMILIA

¿Cuántas veces te has sentido tentado a actuar, a hacer algún bien solo para guardar las apariencias, para hacerte de una reputación de persona buena y justa? Querido adulto mayor, ¿cuántas veces le has tomado más importancia a la forma que al fondo de tus actos de bondad o de caridad? Más aún, ¿has participado en los sacramentos de nuestra iglesia meramente por trámite? ¿O es en realidad el cumplimiento de nuestros preceptos, de nuestras formas católicas un vehículo para que tú cumplas con la palabra de Jesús?

Ya lo dijo el Señor en las lecturas de esta semana, “el que me ama, cumplirá mi palabra”, sin embargo, no se trata de repetir como disco rayado las enseñanzas de Jesús, tampoco se trata de ejecutar como robot los ritos sacramentales y creer que con eso ya estamos cumpliendo la palabra del Maestro, lo que Jesús quiere que hagamos es muy simple y a la vez determinante: Jesús quiere que sus principios sean los nuestros, que vivamos de acuerdo a ellos, bajo cualquier circunstancia, que nuestros corazones latan al compás del suyo. La ley es importante, los rituales y los dogmas también tienen su razón de ser, sin embargo, no son nada si no incluimos la fe en Jesús y la firmeza para vivir como él desea que lo hagamos. Te invito a que equipares la importancia de la ley y de la fe, y que integres a tu ser ambas para que Jesús y tú caminen juntos.

En nuestra familia el cumplimiento de las reglas es muy importante, de hecho eso aumenta las probabilidades de que alcancemos nuestras metas, tengamos éxito en nuestras vidas y de que las relaciones entre nosotros sean significativas y reflejen el



amor del Padre. Aunque, por otro lado, nosotros, papá y mamá, estamos siempre pendiente uno del otro para no caer en la intransigencia, para que en la familia gocemos nuestra libertad individual con responsabilidad. Dios nos quiere libres, pero esa libertad va emparejada con la responsabilidad personal.

Es deber de las madres y de los padres católicos inculcar en los hijos un profundo sentido de responsabilidad. Dios nos creó libres, a semejanza de él, y los individuos libres tenemos la capacidad de decidir qué camino tomar, qué palabras decir, cómo responder ante una situación buena y ante una mala. Educar en libertad, infundiendo un profundo respeto a nuestros principios éticos, pidiéndole a Jesús que camine con nosotros para poder cumplir con su palabra. Así transformaremos estos tiempos de oscuridad e incertidumbre en algo digno de Jesús, con él, en él y para él. Deseamos de corazón que valores tu papel de padre y madre, que te des cuenta de que estás formando seres humanos, y que seguirán tu ejemplo, no solo tus palabras.





ECOS DE LA PALABRA DESDE LA DIMENSIÓN DE LITURGIA Y ESPIRITUALIDAD

En este Domingo VI de Pascua, se nos invita a recordar que todo este Tiempo ha sido "sacramento pascual", como lo recuerda la Oración después de la Comunión; es decir, se trata de un tiempo de gracia en el cual la presencia de Dios es actuante y salvadora. En ese sentido, la oración colecta no solamente habla de la "alegría en honor del Señor resucitado", sino que se pide que nos conceda continuar celebrando, que implica la dimensión vital, o sea, vivir y esto "con incansable amor", que, haciendo eco del Domingo anterior, nos recuerda que ese amor se manifiesta en la propia vida, "en nuestras obras", como lo recuerda la oración colecta.

Se puede decir, entonces, que la eucología de este domingo transforma en oración lo que se nos anuncia en la Palabra. En efecto, si amarlo, como lo pide en el Evangelio, es cumplir su palabra, que no se reduce a la sola ejecución mecánica e impersonal de algunos preceptos, sino que implica configurar toda la vida con la suya, es decir, involucra toda la existencia hasta el punto de hacernos morada de Dios, como anunciaba el libro del Apocalipsis en la perícopa del domingo pasado.

Sin embargo, existe el riesgo constante – como lo esboza la primera lectura de hoy – de pretender que esa vida nueva es más fruto del propio esfuerzo que de un acto salvífico de Dios. Así, pues, el mismo Señor anuncia que el Espíritu Santo enviado por el Padre en nombre de Cristo es el que traerá a la memoria de sus fieles su palabra – la que hay que llevar a un cumplimiento vital. Por esta misma razón, la oración después de la Comunión pide infundir en nuestros corazones el vigor comunica este alimento – la Eucaristía, obviamente – lo cual inmediatamente nos recuerda que "el amor de Dios ha sido infundido en nuestros corazones con el Espíritu Santo que nos ha dado".

Esta oración, por lo tanto, nos recuerda un hecho que hace resonar en una actualidad de nuestro aquí y ahora que ese mismo Espíritu prometido sigue siendo infundido en



nosotros, no solo en el pasado de nuestra propia historia – el día de nuestro Bautismo y Confirmación – sino que cada vez que somos fortalecidos con el Cuerpo y la Sangre de Cristo es porque quedamos llenos de su Espíritu Santo que comunica este alimento de salvación, llevando a cabo una nueva infusión del mismo Espíritu en nuestros corazones.

De este modo, quedamos “gratuitamente” fortalecidos para que “los misterios que hemos venido conmemorando se manifiesten siempre en nuestras obras” – oración colecta y así seamos conformados al sacramento mismo que estamos celebrando (en una traducción algo libre del texto original de la oración sobre las ofrendas). A manera de epílogo: esto nos recuerda lo insustituible de la participación – que siempre y solamente es presencial – en la celebración Eucarística, en la cual la escucha de la Palabra que debemos cumplir se ve coadyuvada por la fortaleza del Espíritu Santo que infunde en nuestros corazones este alimento de salvación.

